

Carlos Frontera

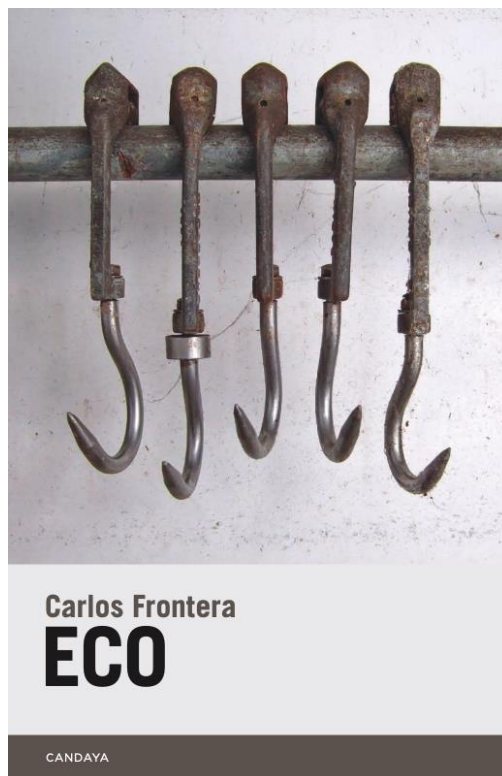
# ECO

Una novela sobre derrumbes íntimos y sobre el deseo de sobrevivir a la historia personal y familiar.

*Candaya Narrativa, 68*

Primera edición: septiembre 2020  
Diseño de la colección: Francesc Fernández  
Imagen de cubierta: Andia / Alamy Foto de stock.

ISBN: 978-84-18504-16-7  
21x14 cm; 144 págs.  
PVP: 15€



## SINOPSIS

¿Qué lleva a un hombre a desmoronarse cuando, en apariencia, no ha sucedido nada? Dos años después de la ruptura con la Rubia y en plena convalecencia postoperatoria, el protagonista de esta novela sufre una inesperada crisis que no consigue explicarse, un derrumbe que lo sepulta los escombros del desamor y en la memoria devastadora de la infancia: un eco persistente que, mudo a sus oídos, continuaba resonando dentro.

Entre alucinaciones, recuerdos y desvaríos, Carlos Frontera intenta narrar ese eco en un libro que se atreve a hablar sobre los legados que aniquilan y que está regido por una pregunta decisiva: ¿cómo sobrevivimos al hundimiento de nuestra propia historia?

## LA OBRA: ECO

*Eco*, la primera novela del escritor sevillano Carlos Frontera, es la historia de un individuo quebrado, el relato sangrante de una fractura que le lleva a replantearse su relación consigo mismo y con los otros. Durante una larga convalecencia que lo mantiene encerrado en su casa, el narrador de esta novela breve recorre fragmentos de su pasado, sobre todo de su infancia y adolescencia, fragmentos que ocultan un secreto familiar y que nos hace poner en duda todo lo que asumimos en torno al libre albedrío, la voluntad y las decisiones. *Eco* es una

novela sobre derrumbes íntimos, pero también es una novela sobre el deseo: el deseo de sobrevivir, de escapar del encierro, de recuperar el espacio propio, de sobreponerse a los límites del cuerpo y de la historia personal y familiar. Mediante una prosa fragmentaria, llena de imágenes intensas y un singular humor, Carlos Frontera propone un viaje desde la inmovilidad de la convalecencia hasta el origen de una memoria hiriente que ha de reconocerse y desentrañarse, para poder dejarse atrás

## **EL AUTOR: CARLOS FRONTERA**

**Carlos Frontera** nació en 1973 y vive en Sevilla. Es autor del libro de cuentos *Andar sin ruido* (2017). *Eco* es su primera novela.



## **POR QUÉ LECTORES Y LIBREROS DEBEN APOSTAR POR *ECO*, DE CARLOS FRONTERA**

1) *Eco* es una novela breve que viaja por los recuerdos de su protagonista, encerrado en su piso tras una operación quirúrgica. Convaleciente recorre, casi en trance, fragmentos de una memoria infantil que esconde un secreto sepultado, que tal vez explica, sin que él fuese consciente, rasgos de su carácter y algunos incomprensibles cambios en su vida. *Eco* es una novela que pone en duda aquello que entendemos como albedrío o voluntad, en la que es difícil no reconocerse de inmediato.

2) El humor inquietante, espinoso, que pone en juego la seriedad de lo que se cuenta es una marca de estilo de Carlos Frontera, que le ha reportado muchísimos seguidores en las redes sociales (son célebres sus juegos de palabras en su muro de Facebook y en su twitter) y que explican la buena acogida de su primer libro de cuentos, publicado por Páginas de espuma. En *Eco*, Carlos Frontera interpela al lector desde una risa angustiante y nerviosa, una suerte de mal chiste que nos hace reír porque refleja plenamente el absurdo de la realidad, pero que a la vez se convierte en el bastión reflexivo desde el que personaje trata de reconstruirse. El humor es una de las carencias de la narrativa contemporánea, y puede ser una de las bazas de eco –como pasó con *Los asquerosos* de Santiago Lorenzo o *El espectáculo del tiempo* de Juan José Becerra– para atraer a los lectores.

3) *Eco* pone de manifiesto la necesidad de narrar la propia historia, de reconocerse en el pasado y en el presente, de hablar de aquello que parece enemistado con las palabras. El protagonista es, a la vez, el insecto y el entomólogo: padece y analiza su padecimiento. Sus herramientas son el humor, la memoria difusa, los sueños. Todo ello para lograr el difícil trabajo de salir del encierro, de sobreponerse a la inmovilidad y a la convalecencia. La literatura del yo es claramente una tendencia ahora muy en boga. Otro camino que habría que explorar para la visibilidad de *Eco*.

4) *Eco* es también la rememoración de un viaje al Himalaya, un viaje enloquecido y definitivo, el viaje que hará de reiniciarlo todo: restaurar el orden o borrar de un manotazo, hasta al mismo narrador de esta novela. Los amantes de la literatura de viajes, los que creen en el viaje como un itinerario existencial, se sentirán especialmente atraídos por algunos episodios de esta peculiar novela.

5) Carlos Frontera llamó poderosamente la atención de los lectores y la crítica con su primer libro de cuentos, *Andar sin ruido*. *Eco*, una novela llena de riesgo y de imaginación sobre los mecanismos de defensa que nos imponemos para sobrevivir en un mundo que nos arrolla, está llamada a ser su consagración definitiva.

6) *Eco* es una novela sobre derrumbes, pero también es un libro sobre el deseo, en muchos sentidos: el deseo de sobrevivir, el deseo de recuperar el espacio propio, el deseo de escapar del encierro al que nos somete el mismo derrumbe.

7) *Eco* es también un libro sobre la mentira, sobre cómo el personaje narrador ha aprendido a mentirse, a contarse pequeñas mentiras que han ido trazando una historia alternativa de su vida y de sus relaciones. .

8) Estamos convencidos de que este libro de Carlos Frontera es un texto muy oportuno en los tiempos que vivimos pues, aunque escrito un año antes, recoge algunos de los dilemas a los que hemos tenido que enfrentarnos todos: el encierro de la pandemia, la vida en suspenso ante la amenaza de la enfermedad, el miedo al cuerpo propio y al cuerpo ajeno... Todo ello, resuelto desde el humor, la reflexión y la voluntad de recuperar la vida interrumpida.



Lo segundo que hice al despertar de la anestesia fue llevarme la mano a la polla, un gesto, al contrario de lo que pueda pensarse, desprovisto de todo calor humano, carente de cualquier voluntariedad. Segundos después, mis ojos repararon en un reloj colgado en la pared de enfrente, un disco solar, visible desde la camilla, que marcaba las once y pico –el pico lo acoto entre las once y cinco y las once y cuarto–, señal de que todo iba iba – o al menos lo suficientemente bien–, de que la operación se había desarrollado en el tiempo previsto.

Desperté de la anestesia en una camilla en una sala desierta, una sábana abrigándome poco. A mi izquierda, un biombo de tela translúcida delimitaba mi espacio. Al otro lado se extendía un silencio oceánico, un vacío de tantos metros cuadrados desperdiciados para nadie. El lado derecho de la camilla pegada a la pared, en cuya superficie los ojos de buey de una doble puerta batiente eran los únicos testigos. Una luz incompleta, sin lustre, bañaba el lugar. La luz procedía de varios focos y abocetaba el alma de las cosas –el reloj de pared, la camilla, el biombo–, proyectando sombras poco definidas, mal perfiladas, ejecutadas por una mano perezosa.

Era la primera vez que despertaba de una anestesia y no me sentía demasiado mal, apenas un aturdimiento como tras espabilarme de una siesta truncada y una lentitud no exactamente mía, no exactamente del tiempo: una lentitud de la Tierra en su movimiento de traslación y rotación, no soy capaz de explicarlo de otro modo. Levanté las manos hasta situarlas en mi campo de visión y permanecí unos segundos mirándolas. Giré las muñecas como si me despidiera de algo, de alguien, reflexioné cada articulación, cada falange. Por la forma de las uñas, por lo alargado de los dedos, por lo sombreado del vello las reconocí como mías, aunque no parecía tener control sobre ellas. Los dedos se agitaban sin que yo tuviese conciencia de haberles dado esa orden. El movimiento tenía lugar en otro plano, en un plano pre- consciente. Como si en algún punto entre el cerebro y los dedos un cortocircuito hubiese echado a perder el cableado del que depende la motricidad.

Con esa extrañeza en lo alto, respiré con alivio y devolví las manos a la camilla, en paralelo al cuerpo. Erguí la cabeza y sentí un leve mareo. Me costó despegarla, como si mi pelo fuese de felpa y la almohada, un

velcro. Cuando me repuse miré mis pies, es decir, el relieve de mis pies bajo las sábanas, y guardo no diría el recuerdo, la impresión más bien de que sonreí al ver cómo se movían esos bultitos de peluche, con la pesadez de dos animalillos que justo despiertan de su letargo invernal.

Sólo una vez concluida la revisión de mis extremidades, me llevé la mano a la polla. Fue, no se me escapó, una reminiscencia del cerebro reptiliano, una señal lanzada al vacío cósmico por mis antepasados para asegurarse de que aún era capaz de procrear, que estaba en disposición de aportar alguna ramita a nuestro árbol genealógico.

Como si yo quisiera ser padre.

Como si tuviese el menor interés en engendrar una vida con tantísimas papeletas de repetir lo mismo, de pasar por lo mismo.

Como si alguna vez hubiese considerado la posibilidad de tender ese puente genético de abuelo a nieto.

Mi cerebro reptiliano no tenía ni puta idea.

Le faltaba un hervor.

Le faltaba pisar calle, ensuciarse las manos, arañarse las rodillas, pasar de la teoría a la práctica, ese salto evolutivo. Cuando me aseguré de que la polla conservaba la sensibilidad, que percibía la presión de los dedos, me dejé caer del todo sobre la camilla y empecé a tomar conciencia del resto del cuerpo. El esqueleto me pesaba como si un imán tirase de mis huesos hacia abajo, y la musculatura, aun conservando su volumen, había perdido todo su vigor. En mi garganta ardía el trajín de la intervención quirúrgica. La sentía irritada y reseca, me costaba un mundo tragar saliva, a buen seguro como consecuencia de la intubación.

–Agua –un crujido de voz removi6 apenas el aire sin vida de la sala.

No hubo ninguna respuesta.

Ningún interfono crepitó en mi auxilio.

Ninguna puerta se dio por aludida.

Sólo muy al cabo me tanteé la nariz.

Como sin prisa.

Como con pena.

Como con frío.

Sólo muy al cabo reparé en que la tenía completamente taponada.

Aquí, un apagón.

Un agujero de gusano.

Mi dormitorio.

Qué.

El cuerpo incrustado en el colchón de mi cama, una raquílica bombilla delimitando, con sus 40 vatios mal apretujados, las fronteras de mi vida.

El aire pesa más de lo debido: resulta imposible moverse si no es a cámara lenta, si no es una articulación cada vez.

Miento.

No existe tal apagón. Si bien es cierto que a la lucidez de los primeros momentos tras despertarme de la anestesia le sigue un emborronamiento de la mente, lo que vino después, el paréntesis entre el hospital y el piso, no es tal vacío. Algo permanece, algún detalle pervive en mi memoria. Conservo flashes, fognazos, instantáneas mal enfocadas tomadas a contraluz, encuadres con demasiado aire a sus espaldas.

Alguien me alcanza una libreta y escribo, con la legibilidad que me permite el aturdimiento, que estoy bien. Le muestro la libreta a mamá. «Me han amputado la polla y tengo un incendio en la garganta, pero estoy bien», añado para tranquilizarla.

Miento.

Una enfermera empuja mi camilla a través de un dominó de puertas batientes. Desde este contrapicado, su anatomía adquiere tintes mutilados y prehistóricos: el cuerpo sin piernas se estrecha desde unas caderas descomunales y su cara permanece oculta tras el relieve de globo de sus pechos flotantes. Intento hacer un gesto de *todo bien* con el pulgar, pero, en lugar de eso, me sale una peineta. Las caderas de la enfermera me sonrían o se sobresaltan.

Miento.

Una madre, un hermano, me acercan al piso. Insisten en acompañarme hasta arriba, les hago un gesto de *todo bien* con el pulgar de la mano derecha, busco la libreta y les recuerdo que «Me han amputado la polla y tengo un incendio en la garganta, pero estoy bien», subo solo.

Miento.

Al abrir la puerta del piso, el techo se me viene encima. No el techo: el aire del piso. Como cuando regresé de Madrid y medio armario desocupado, todas las estanterías melladas y un vacío de cómoda en el dormitorio.

Miento, miento, miento.

Ostento ese récord.

Ese rascacielos de embustes.

Probemos de nuevo.

Convalezco en mi cama, solo.

Hilo los últimos coletazos de la anestesia, algún remanente surca el entramado fluvial de mis arterias, con los primeros latigazos de la convalecencia, superpongo ambos estados. Fue una operación sencilla: desviación del tabique nasal. Apenas un par de horas, si todo iba bien, para devolver a la arquitectura de la nariz la estructura que siempre debería haber tenido y recolocar todo en su sitio: tabique, cartílagos, ¿la Rubia?

Tras lo cual, una convalecencia de al menos tres días en los que la nariz debía permanecer taponada. Unos apósitos introducidos en las fosas nasales se encargarían de ello, así como de enseñar a la nariz la posición correcta. Aprendizaje por fatiga.





